

NOTAS Y COMENTARIOS

EL SER Y EL ESPIRITU (a)

Por su método y orientación esta obra del P. Marc se ubica en la corriente filosófica del P. Marechal, bien que con la impronta original de su vigoroso espíritu.

Todos los esfuerzos de M. convergen a un acto central de la vida de la inteligencia: *el juicio*; a analizarlo con un *método fenomenológico*, en un sentido amplio, sin "epojés" o "reducciones" arbitrarias y deformantes de su objeto, para penetrar y desentrañar, en un segundo momento, mediante un *desarrollo dialéctico*, las exigencias ontológicas de ese acto, tanto por parte del *sujeto* —*Psicología*— como por parte del *objeto* —*Metafísica*—. Vale decir, la meditación filosófica de M. parte de una experiencia común no científica —la que cualquier hombre puede experimentar— de un acto de inteligencia, convenientemente elegido, en que de alguna manera está presente todo el hombre y todo el espíritu, aún el Absoluto, y a la vez todo el ser, aún el Ser Divino. Frente a ese hecho, el método comporta dos momentos: 1) de *análisis fenomenológico*, de *observación empírica* —tomando esta palabra en un sentido amplio, que comprende también los hechos de la vida espiritual— de todo lo que él encierra, y 2) otro de penetración o *de-velación ontológica*, mediante un *desarrollo dialéctico* —vale decir, mediante la *actividad estrictamente intelectual*— que tiende a desentrañar todo lo que él implica y supone.

En *Psychologie réflexive*, partiendo del análisis del *sujeto*, *presente* en el acto del juicio, M. estructura una *Antropología filosófica*; y, luego, en *Dialectique de l’Affirmation*, partiendo del análisis del *objeto*, *presente* también en el juicio, elabora una *Metafísica*; así como, partiendo del análisis del acto de obrar libre, desarrolló, más tarde, la *Morai*, con la cual dio término a su Tratado Filosófico.

Siempre fiel a su método *reflexivo-dialéctico* —es decir, de *experiencia*, en un sentido amplio, e *inteligencia*— en esta nueva obra M. vuelve a centrar su meditación en el análisis del juicio, a fin de desentrañar todas las ricas implicancias, que tanto de parte del *sujeto* como del *objeto* encierra, para encontrar así simultáneamente dados, el *ser* y el *espíritu* y determinar sus mutuas relaciones.

(a) L'ETRE ET L'ESPRIT, por André Marc, S. I., 197 págs., Desclée de Brouwer, París-Louvain, 1958.

El método adoptado tiene mucho de Hamelin y de la escuela idealista francesa; y consiste en la observación inmediata de un hecho de conciencia, del *juicio*, en este caso —*reflexión*— tal cual es, sin las mutilaciones arbitrarias de la trascendencia del *ser*, implicada en la inmanencia del *espíritu* —la presencia del *espíritu* es presencia del *ser*, afirma una y otra vez M.— que hace el idealismo; y en el desenvolvimiento dialéctico del mismo para desentrañar toda la *Ontología*, que estructura y fundamenta tal hecho —*dialéctica*—.

“El *ser*, dice M., es aquello por lo cual cada *ser* es él entre otros según su naturaleza o esencia; es aquello por lo cual cada uno hace acto de presencia”; o de otro modo: “todo aquello que es individuo o en un individuo según que su naturaleza lo demanda”. “La idea del *ser* no es la de algún *ser* en particular, sino aquella de todos los seres según las relaciones que los une entre sí según sus naturalezas. Así mismo la idea de *espíritu* no es la de algún *espíritu* en particular, sino la de todos los *espíritus* según las relaciones que los unen entre sí según su naturaleza”. (Págs. 116, 131).

Pero el *ser* no puede darse sin el *espíritu*; así como el *espíritu* sin el *ser*. “En efecto, afirmando el objeto en el *ser*, el cognoscente no lo puede colocar, sin colocarse a sí mismo como afirmante. Afirmando la verdad, la realidad de alguna cosa, él afirma también necesariamente a sí mismo, en tanto él toma partido para ellas. Este poder de autoafirmación, de autoposición lo caracteriza bien fundamentalmente, puesto que constituyendo el objeto conocido en acto de ser conocido, él se constituye, se reconoce a sí mismo en acto de ser cognoscente. En esta distinción de sujeto y objeto, un acto de ser es común y propio a los dos; y es aquello por lo cual cada uno es *ser*” (pág. 107). “La idea del *espíritu*, que no es un trascendental, es necesario a los trascendentales [verdad, unidad y bondad], pero al mismo tiempo estos trascendentales revelan al *espíritu* su propia dimensión. Como la idea del *ser* se extiende a todo y lo comprende todo, así el *espíritu*, al menos por su inteligencia y su voluntad, puede llegar a ser todo. Ha nacido para comprenderlo todo y para amarlo todo. No se puede comprender a sí mismo sino en función del *ser*. ¿Cómo, pues, sería de maravillarse que la idea del *ser* se revele al *espíritu*, puesto que ella es su obra, el fruto de su actividad y de su pasividad en contacto con el dato, es decir, de su acogida para comprenderlo? ¿Qué puede haber de paradójico en que el *espíritu* se reconozca en la idea de *ser*, que es la de la *presencia*, de la presentación, puesto que el acto propio del *espíritu* es el de la *presencia de espíritu*? Una comunidad de *presencia*, un surgimiento en la presentación que une el *ser* y el *espíritu* y que hace que ellos se reen cuentren para su manifestación. El *espíritu* es el *ser* que se apercibe de la *presencia de los seres* y de la *suya propia*; se la representa”, (pág. 130). “Si el *ser* es dado como una *pura presencia*, y el *espíritu* como acto de *presencia de espíritu*, el método exige aquí colocarse en este acto de *pura presencia* subyacente a toda representación, a fin de retomar la relación de las representaciones con este acto de *presencia* en el acto de *presencia de espíritu*. Como este acto es algo enteramente primero y el residuo de todo acto de conocimiento, no puede él ser demostrado por alguna cosa anterior. [...] El medio de probarlo consiste ante todo en mostrarlo, en dejarlo ser, en tomarlo, en acogerlo, tal cual es tanto en sí mismo como en nosotros” (pág. 109).

La tesis central de M. consiste, como se ve, en tomar conciencia de que

el *ser* y el *espíritu* son a la vez en el acto de *presencia de espíritu* o, en otros términos, de que el *ser* está dado, *presente*, en el acto mismo de *presencia del espíritu*; y que el *ser*, a su vez, supone y se revela únicamente en la presencia del espíritu o más brevemente, que *ser* y *espíritu* se implican mutuamente y se dan simultáneamente en el acto único, del juicio o *presencia de espíritu*.

Por eso mismo, verdad objetiva y certeza o seguridad del espíritu en la aprehensión de aquélla, son también simultáneamente dadas.

Como se ve, M. tiende a situarse en esta obra en el punto inicial de la filosofía, en que *espíritu* y *ser* —*inmanencia psicológica* y *trascendencia ontológica*— se encuentran para fundamentar así el valor real del conocimiento —el *realismo gnoseológico*— y desde esta sólida base, elaborar, por el lado del espíritu, la *Antropología*, y, por el lado del ser, la *Ontología*.

Pero el *ser* como el *espíritu* son de sí el Acto puro, en quien ambos se identifican. Si, pues, se dan limitados y hasta escindidos —el *espíritu finito* del hombre y el *ser* de la naturaleza, sin conciencia o espíritu— es porque se realizan como participación del *Ser-Espíritu* inparticipado, necesariamente implicado y *presente*, por eso, en todo acto de *espíritu* y de *ser*.

El autor ha llegado a la demostración de esta tesis de integración del *ser* y del *espíritu*, a través de un largo y brillante camino histórico de las grandes corrientes filosóficas, en que las posiciones unilaterales —como las del *racionalismo mecanicista* de Descartes: *alma* y *extensión*, y del pensamiento como pura creación inmanente y relacionante de los diversos *idealismos*— son precisadas y tamizadas valorativamente en su auténtico aporte y, de este modo, incorporadas a su propio pensamiento, previa liberación de sus limitaciones y deformaciones, introducidas desde un comienzo en la adopción del propio método. De este modo, las diversas concepciones filosóficas, sobre todo el idealismo en su corriente francesa, son aprovechadas en sus finos análisis de la conciencia, los cuales logran así toda su fecunda proyección al ser desarrollados en una perspectiva realista, sin cercenamientos arbitrarios. El *Espíritu* y *Ser* absolutos, perfectamente identificados en el Acto puro real, está más allá del *espíritu* y del *ser* finitos, pero íntimamente *presente* a éstos y dando cuenta del *ser* y del *espíritu* finitos del hombre —de la *persona*, de la *sociedad* y de la *comunidad*, propias del espíritu—. Todas las grandes verdades descubiertas por el análisis de la conciencia, llevado a cabo por los grandes sistemas filosóficos, del idealismo especialmente, pero dislocadas y deformadas por su actitud metodológica, son puestas en su justo punto y desarrolladas en todo su ámbito, lográndose así una orgánica y cabal aprehensión del *espíritu* y del *ser* en toda su jerárquica realización, desde el Acto puro —*en que Ser y Espíritu se identifican realmente en su mismo Acto*— hasta el *ser* y *espíritu* o persona finita, en que tal identidad es sólo *intencional*, integrando en la *unidad del acto*, la *dualidad* real del *objeto* y del *sujeto*, bien que de parte del espíritu finito su *presencia* en el acto de la inteligencia —concretamente, del *juicio*—, implica a la vez *presencia* del *ser*.

Tal el denso contenido de este libro, expuesto, desde el comienzo al fin, con aguda y brillante inteligencia.

La obra hubiese ganado en vigor filosófico, si el autor la hubiese aligerado un tanto de las largas referencias históricas —muy valiosas en sí mismas— y se hubiese dedicado a ahondar, precisar y fundamentar con más rigor algunos

puntos centrales de su tesis. Por ejemplo, no aparece claro si el *ser* implicado en "la *presencia del espíritu*" es aprehendido inmediata e intuitivamente, sin acto alguno de intelección, a la manera agustiniana —como de diversa manera lo defienden Rosmini, Piccard y Sciacca— o si es realmente de-velado en su seno por un acto reflexivo de intelección. Si bien parecería lo primero, de todos modos la gravedad e importancia de este problema fundamental gnoseológico, haría necesaria una mayor detención y precisión en la solución del mismo.

En todo caso, la aprehensión inmediata del espíritu o del alma por sí misma, por su mismo acto substancial, de una manera intuitiva, sin un acto intelectivo distinto de aquél, vale decir, la tesis agustiniana restaurada por los autores recién citados y a cuya posición pareciera reducirse la de M., la juzgamos inaceptable. Hay sí una aprehensión inmediata del espíritu en todo acto intelectivo; pero es en éste en donde el espíritu revela a sí mismo, su presencia. Sólo el Acto Puro es por sí mismo "Acto de Intelección de la propia Intelección", intuición substancial y existencial de sí. En todo otro ser, cuya esencia no es la existencia, el acto de aprehensión de sí se realiza con un acto accidental distinto del substancial.

También el tema central de la obra: la identificación real y formal del *Espíritu* y *Ser* imparticipado en el *Acto* puro, raíz ontológica desde la que toma sentido la correspondencia e implicación de *espíritu* y *ser* en la *persona humana*, hubiesen merecido un análisis metafísico más hondo y un desarrollo más detenido.

Con estas reservas, el libro de M. nos ofrece una vigorosa síntesis de todo su amplio y profundo pensamiento, desarrollado en sus obras anteriores, síntesis que es alcanzada mediante una articulación orgánica del *espíritu* y del *ser*, de la *Antropología* y de la *Ontología*, como un esbozo de *Gnoseología*, punto de partida de la Filosofía, sólidamente cimentado.

La obra está editada en un elegante y bien impreso volumen.

OCTAVIO NICOLAS DERISI

LA PRUEBA DE LA EXISTENCIA DE DIOS "POR LA VERDAD" SEGUN EL PROF. SCIACCA

NOTAS CRITICAS

A veces se da a la filosofía católica el apelativo de filosofía oficial de la Iglesia, insinuando la idea de que ésta exige a sus fieles junto con la profesión de su dogma, no sólo ya una teología cerrada en un círculo insalvable, sino también una filosofía exclusivista y determinada en todos sus puntos. Es indudable que esta afirmación sólo puede provenir de ambientes impregnados de crasos prejuicios y carentes en absoluto de verdadera información. El pensamiento filosófico católico no se agota en el tomismo —y sabemos cuánta disparidad bulle bajo esta palabra— ni siquiera en la escolástica. Una prueba